

## Taller crítico

# Doña Inés contra el olvido

R.J. LOVERA DE SOLA

Dentro de los moldes de una prosa cuidadosamente trabajada, largamente macerada, Ana Teresa Torres escribió su segunda novela, se trata del libro más premiado en la actual literatura venezolana, considerada, por el premio "Pegasus", crado por la "Móvil" como la mejor novela venezolana de una década (1987-97), actualmente en proceso de traducción al inglés para una edición para Estados Unidos y otra para Inglaterra. Nos referimos a **Doña Inés contra el olvido**. (2ª Ed. Caracas: Monte Avila Editores, 1999. 239 p.). Libro complejo este. En él una mantuana caraqueña, Doña Inés, muerta en 1781 (p. 202) al contar una y otra vez, los avatares de su vivir, los cuales dicta a un amanuense, quien es el verdadero autor de la novela (p. 164, 201, 237), traza a la vez los recuerdos de su existir y la parábola del devenir venezolano a lo largo de más de dos siglos. Su omnipresencia le permite conocer las controversias coloniales, seguir tras las tropas de Bolívar, escuchar los relatos sobre las montoneras del siglo XIX, mirar de cerca de Castro y a Gómez, percibir cómo Betancourt inventó la democracia (p. 182), mirar la transformación del país, darse cuenta cómo él ahora dominado por la unión entre políticos corruptos y empresarios sin escrúpulos.

Doña Inés representa con sus recuerdos todo nuestro proceso por haber sido nieta, como su marido Alejandro, de un Conquistador español, quien aquí sembró sus raíces. A la vez Doña Inés, quien no desea que se olvide el pasado, protagoniza una lucha que le llevará más de dos centurias contra el negro liberto Juan del Rosario, hijo de su marido y una esclava, por la posesión de unas tierras en el valle de Curiepe que este moreno libre tomó en posesión por estar realengas (p. 15), cosa que doña Inés no aceptó nunca. Su disputa es porque aquel patrimonio vuelva a su familia, para impedir que lo que fue suyo se diluya, se convierta en "sombras que se pierden en el tiempo" (p. 67).

Todo así esta bella narración no es solamente el relato de las acciones de doña Inés. Es mucho más. Es, esto lo percibe el lector al abrir el volumen, una novela histórica, en la cual se reflexiona sobre el oficio de aquel que escribe, dentro de cuyas páginas se hace, varias veces, la pregunta en torno a quién es el que cuenta una narración. Libro este que constituye una visión fabulada de un larguísimo tramo de la historia de Venezuela, visto todo él con los ojos de la imaginación. Novela en la cual incluso se reflexiona, interrogando a los fantasmas del pasado (p. 217) sobre nuestra forma de ser, sobre nuestro modo de vivir, sobre el porqué de nuestro fracaso como nación.

Mientras seguimos a doña Inés, a quien sostiene su apelación a la memoria: su vida, su litigio, no tendría sentido sino recordara. Por ello lo consigna por escrito "teniéndolo escrito podremos recordarlo" (p. 35), ésta la única forma de permanecer en la memoria (p. 36), de trazar las líneas vitales de su linaje (p. 58), la cual le permite sobrevivir a las cenizas de su tiempo (p. 73) en el cual murió (p. 72), fue arrasado, por la guerra emancipadora, en la cual el mantuanaje desapareció. Es por esto que ella porfia en recordar ya que "en la medida en que aquella memoria se había desvanecido, no tenía ninguna oportunidad de sobrevivir" (p. 136). Por ello evoca. Por ello se recrea en la historia (p. 175), comprende a través de sus "relatos cómo era la vida y el destino de los hombres" (p. 206). Y es por ello que la muerte le parece "un profundo peligro para la memoria" (p. 238).

Pero en esta novela lo sucedido sola-



mente puede ser salvado por el escritor, por quien relata, que en el caso de este libro es un escribano al cual dicta doña Inés su testimonio. Así el creador literario es el único capaz de revivir el pasado utilizando la palabra (p. 210). Es también la única forma de comunicarse con otros, con otros días, con otros tiempos (p. 237).

Hemos señalado también que en esta ficción se tejen numerosas reflexiones sobre el acto de escribir novelas. En un texto narrativo se pretende contar algo. Pero no de entrada. El lector debe averiguarlo mediante el acto de leer. De allí que quien toma un libro en sus manos se convierte en alguien quien mediante el trabajo de su mente e imaginación fija el texto más allá del escribir. Es por ello que la realidad de la literatura es la lectura. Así descifrar lo que está escondido dentro del laberinto de la escritura narrativa constituye la ardua tarea de aquel que lee (p. 19), ya que debe relacionar las partes con el todo para llegar a la entraña de lo que el escritor desea comunicarle. E incluso, a veces, llega más allá. Penetra en el universo subconsciente que pone en juego el creador cuando concibe sus invenciones, hechos que deja deslizar y que sólo la atenta lectura nos permite descubrir. Es por ello que en todo libro "se quedan los fantasmas" (p. 58) de quien lo concibe. Duende que el creador exorcisa, sombras que iluminan al lector. Instancia muy importante en el caso de la novela que comentamos ya que en ella Ana Teresa Torres desea conducirnos al laberinto de la memoria venezolana.

Nos quiere llevar a aquel lugar que el Descubridor, en una de las primeras paradojas de nuestro vivir, tan rico en ellas, llamó "Tierra de Gracia" cuando en verdad

"las desgracias no nos dan tregua" (p. 29). Y mientras relata nuestros sucesos se pregunta por qué somos, los venezolanos, gente de "naturaleza insurrecta y bochinchera" (p. 47); por qué no se ha hallado una explicación a ese bochinche (p. 92); por qué le ha sido tan difícil a esta "gente siempre altiva, vocinglera, irreverente y bochinchera" (p. 74) encontrar su destino; por qué aun no hallamos cómo explicarnos por qué tras épocas de tanta pobreza el petróleo cambió totalmente al país (p. 151), arrasó nuestras raíces y nuestros recuerdos (p. 168); por qué hemos llegado a ser dominados por gente siempre atenta "a quien mandaba para ver dónde metía la mano" (p. 185). Así esos seres, como un personaje de esta novela, comenzaron pellizcando el monopolio de la carne, el del aguardiente, bajo Castro; luego obtuvieron las licencias de importación con Gómez y más tarde fueron, gracias a lo obtenido tortuosamente, accionistas de bancos, dueños de telares, propietarios de casas y haciendas de caña. Y paremos de contar que lo demás nos lo sabemos de memoria.

Esa es a nuestro entender, la esencia de los interrogantes que Ana Teresa Torres formula bellamente a lo largo de su novela. Narración que tiene momentos de hermoso registro como lo es el viaje de los negros libres a España para al Rey. E instantes memorables como lo es su descripción rica, febril, por momentos alucinada, de la "Emigración a Oriente".

Es por ello que quien lea esta novela se encontrará frente a un limpio relato, claro y fresco en sus formas de relatar, hondo y rico en las reflexiones que suscita.